

ROGER DE LAURIA¹.

Cuando el infeliz Conradino, último resto de la casa de Suevia, oyó la sentencia de muerte á que le condenó su inhumano vencedor Carlos de Anjou, despues de reclamar contra la iniquidad de aquel juicio, dícese que sacándose un anillo, que traía al dedo, le arrojó en medio del concurso que asistía al funesto espectáculo, dando con él la investidura de sus estados al Príncipe que le vengase. No faltó allí quien recogiese esta prenda de discordia, y trayéndola al Rey de Aragon Pedro III, le hiciese entender con ella las voces del Príncipe moribundo, y le recordase el derecho que tenía á los reinos de Nápoles y de Sicilia, usurpados por los franceses. Estaba Pedro casado con Constanza, hija de Manfredo, tio natural de Conradino; que

AUTORES CONSULTADOS. Zurita. — Mariana. — Herrera. — Giannone. — Nicolao Specialis y Bartolomé de Neocastro en Muratori. — Muntaner. — Desclot. — Felieu. — Capmany. — Varios documentos inéditos de aquel tiempo, comunicados por el autor.

¹ Es grande la variedad con que se escribe este nombre, producida acaso por el diferente valor que se da al primer diptongo. Los italianos le llaman *Loria* unos, y otros *del Oria*: los catalanes *Lúria*, y en su testamento también está escrito así. Los franceses y los castellanos *Lauria*.

Señor de aquellos estados, había sido antes vencido y muerto por Carlos en los campos de Benevento; y esta alianza daba mas peso á las pretensiones del Monarca aragonés, que entonces se hallaba en el vigor de la edad, lleno de valor, y codicioso de gloria y poderío.

Mas la ambicion de este Príncipe quizá se habria ejercitado solamente contra los sarracenos, sin la conducta que tuvieron los franceses en el pais conquistado. Su petulancia, avivada con el orgullo de la victoria, y apoyada en la persuasion que tenían de la santidad y justicia de su causa, no conociendo límites ni freno, se abandonó á los mayores excesos, y atropelló todos los derechos domésticos y civiles. Entonces la indignacion rompió los lazos del miedo, y enseñó á los hombres oprimidos las fuerzas que en su abatimiento desconocian. Un insulto hecho á una dama por un francés en las calles de Palermo, dió ocasion á aquella matanza horrible, que se conoce en todas las historias con el nombre de *Vísperas Sicilianas*. Los franceses, sus hijos y sus mujeres, aunque fuesen del pais, cayeron á manos de la venganza, sin que les quedase en toda Sicilia mas que un pueblo de corta consideracion, llamado Esterlinga.

Cogieron estas alteraciones al Rey Carlos en medio de los preparativos formidables que destinaba á la conquista del imperio griego; y parecia humanamente imposible que los infelices sicilianos pudiesen resistir á estas fuerzas, que al instante

30 de
marzo de
1282.

vinieron sobre ellos. Mecina es sitiada, embestida, y á pesar del ardor de sus defensores, conoce su flaqueza, y trata de capitular; pero el implacable enojo del Rey se niega á todo concierto, y solo quiere entrar en la plaza rodeado de suplicios y de verdugos. Los mecineses entonces juran desesperados comerse primero unos á otros, que entregarse á sus duros opresores, y dan con esto lugar á que llegue el defensor y vengador de Sicilia.

El célebre negociador Juan Prochita, que no perdonaba medio ni fatiga para traer socorros á su desvalida patria, había podido confederar entre sí al Papa Nicolao III, al Emperador de Grecia y al Rey de Aragon. Tres años antes se había hecho esta alianza en ruina y odio del poderío francés, ofreciendo el Papa para la empresa socorros espirituales, que valian mucho en aquel tiempo, el Emperador dinero, y el Rey tropas y su persona. La muerte de Nicolao, y la adhesion de su sucesor á los intereses de la Francia, no pudieron estorbar los efectos de la liga; y Pedro III desde la costa de África, donde se había acercado con pretexto de hacer guerra á los moros, aportó con su escuadra á Palermo, cuando ya los pobres mecineses se hallaban en el mayor aprieto y agonía. Los habitantes de Palermo le alzaron al instante por su Rey, y él envió á Mecina un corto refuerzo de almogávares, que en diferentes salidas que hicieron ahuyentaron siempre al enemigo. El déspota estremecido conoce entonces que la fortuna se le trueca,

y temeroso de alguna alteracion en Nápoles, no se atreve á medirse con su rival, y le abandona la Sicilia.

Los sicilianos y aragoneses acometieron al instante las costas de Calabria, y á vista de Regio se dió la primera batalla naval entre ellos y los franceses, siendo estos vencidos, con pérdida de veinte y dos galeras y cuatro mil prisioneros. Mandaba á la sazón la escuadra aragonesa, como Almirante, Don Jaime Perez, hijo natural del Rey: llevado del ardor juvenil quiso embestir á Regio contra la órden expresa de su padre, y perdió en aquella faccion algunos soldados, sin poder ganar la plaza; de lo que irritado el Rey, le quitó el mando de la armada, y nombró por Almirante de ella á un caballero de su corte, llamado Roger de Lauria.

Era nacido en Scala¹, pueblo situado en la costa occidental de la Calabria superior; y su padre Señor de Lauria, habia sido privado del Rey Manfredo, y muerto á su lado en la batalla de Benevento. Roger fué traído á España por su madre Doña Bella, ama de leche, segun unos, y dama, segun otros, de la Reina de Aragon Doña Constanza, á quien vino asistiendo cuando su casamiento con Pedro III. Crióse en la cámara de este Príncipe; el Rey Don Jaime le heredó en el re-

¹ Asi consta de una carta latina que se conserva en el Archivo Real de la Corona de Aragon, escrita por Roger al Rey Don Jaime II, en 19 de julio de 1297.

no de Valencia; y por su educacion, y por las mercedes que habia recibido, estaba incorporado con la nobleza aragonesa. Los historiadores no señalan los hechos y los méritos que le sirvieron para el empleo eminente á que fué elevado, y el diploma del Rey no habla de otra cosa que de su probidad, de su prudencia, y de su amor á los intereses de su corona. Así puede presumirse que la primera mitad de su vida nada ofreció á la curiosidad y al ejemplo; aunque es fuerza confesar tambien que semejante oscuridad está ámpliamente compensada con el lustre que sus hazañas dieron á la segunda.

Fue bien glorioso para el Monarca aragonés que su enemigo, no atreviéndose á hacerle frente en Sicilia, buscase todos los pretextos de la política para alejarle de allí. Carlos le desafió personalmente, y Pedro aceptó el duelo, que debia verificarse en Burdeos, autorizándole el Rey de Inglaterra, Señor entonces de aquella parte de Francia. El Papa Martino IV, tan adicto á los franceses como contrario les habia sido su antecesor Nicolao, descomulgó al Rey de Aragon, puso entredicho en sus estados, y segun el extraño derecho público que reinaba entonces en Europa, le privó de ellos, y dió su investidura á uno de los hijos del Rey de Francia. Pedro partió de Sicilia á conjurar esta nube: mas para asegurar á sus nuevos vasallos con la confianza de su proteccion, hizo venir á la isla á la Reina su esposa, y á Jaime y Fadrique sus hijos; declaró por sucesor suyo en

aquel estado al primero; y dejando á Lauria la instruccion sobre el órden que habia de guardarse en el armamento de la escuadra que debia defender á Sicilia, se hizo á la vela para España.

Las aguas de Malta fueron el teatro de la primera victoria de Roger. Tuvo aviso de que las galeras francesas navegaban la vuelta de aquella isla, para socorrer la ciudadela sitiada por los aragoneses, y al instante se dirigió con las suyas á encontrarlas. Hallólas descuidadas en el puerto; y aunque pudo acometerlas de improviso sin ser sentido, quiso mas bien esperar el dia para la batalla, y les envió un esquite á decirles que se rindiesen, ó se apercibiesen á la pelea. Sin duda que quiso dar crédito á sus armas, manifestando á los enemigos que desdeñaba los medios de la astucia, y solo queria servirse del esfuerzo; mas el éxito únicamente podia absolver de temeraria esta bizarria. Eran las galeras enemigas veinte, y las suyas diez y ocho: al rayar el dia embistieron las unas con las otras, y pelearon con tanto teson y encarnizamiento, como si de aquella jornada dependiese la restitution de la Sicilia. Medio dia era pasado, y aun duraba la accion, quando el general francés vió que sus galeras cedian, y se inclinaban á huir. Llamábase Guillermo Corner, y estaba dotado de un valor extraordinario: encendido en saña por la flaqueza de los suyos, quiso aventurarle todo de una vez, y con denuedo terrible acometió contra la capitana de Lauria, creyendo librada

su victoria en tomarla ó destruirla. Abordóla por la proa: él con una hacha de armas empezó á hacerse camino por medio de sus enemigos, hiriendo y matando en ellos: Roger le salió al encuentro, y los dos pelearon entre sí con el esfuerzo que los distinguia, y el furor que los animaba. En medio de su refriega una azcona arrojada clava á Roger por un pie á las tablas del navío, y una piedra derriba á Guillermo el hacha que tenia en la mano; entonces el general español, que habia podido desclavarse la azcona, la arrojó á su contrario, que atravesado con ella, cayó sobre la cubierta sin vida. Su muerte acabó de declarar la victoria por los nuestros, que con diez galeras apresadas, y rendidas las islas de Gozo, Malta y Lípari, volvieron triunfantes á Sicilia.

Alzado con esta ventaja el ánimo á mayores cosas, Roger, armando cuantas galeras habia en la isla, costeó con ellas toda la marina de Calabria, y se dirigió á Nápoles, en cuyas cercanías se puso como provocando al enemigo. Para mas irritarle se acercó á los muros, y lanzó sobre la ciudad toda clase de armas arrojadizas. Despues recorrió la marina occidental de Pausilipo, infestando la costa, saqueando los lugares, y talando y destruyéndo los jardines y viñedos de la ribera. Miraban los napolitanos desde sus murallas esta devastacion, y ardián ya por salir á castigar la soberbia insolente de sus contrarios. El Rey Carlos no se hallaba allí entonces; mas el Príncipe de Salerno su hijo, á

quien habia dejado el gobierno del estado en su ausencia, ansioso de vengar aquella afrenta, hizo armar los barones y caballeros que con él estaban; y llenando de gente y pertrechos bélicos las galeras que habia en el puerto, salió él mismo en persona en busca de los nuestros. No concuerdan los historiadores en el número de galeras que habia de una parte y de otra, aunque todos afirman que eran muchas mas las enemigas. Roger, viéndolas venir, hizose á la vela, como que rehusaba el combate, para alejarlas del puerto: lo cual visto por los napolitanos, les acrecentó el orgullo en tal manera, que ya denostaban á los catalanes y sicilianos, y les mostraban de lejos las sogas y cuerdas que habian de servir á su esclavitud y á sus suplicios. Cuando ya estuvieron en alta mar, saltó Roger en un esquife, y recorriendo con él por los buques de su armada, exhortaba á los suyos á la pelea, y les señalaba la pompa y la riqueza de los barones y caballeros franceses, como despojos ciertos de su aliento y su destreza: hecho esto, volvió á subir á su galera, puso con ligereza increíble la escuadra en órden de batalla, y partió furiosamente á encontrar con la enemiga.

1234. Trabóse el combate, que ya por las fuerzas que concurrían, ya por la animosidad de los combatientes, ya por las consecuencias importantes que tuvo, fué el mas illustre de los que hasta entonces se habian dado por mar en aquel tiempo. Animaba á los nuestros el deseo de conservar el dominio

y gloria recientemente ganados, mientras que los franceses ardian en ansia de vengar las afrentas y daños recibidos. Embestíanse con furor, procurando romper con el ímpetu y la fuerza la muralla que oponian los contrarios; y aferradas las galeras por las proas revolvíanse de una parte á otra á buscar el lado en que mas pudiesen ofender, sin que en tal conflicto y en semejante cercanía se disparase tiro que no fuese mortal. Pero aunque las fuerzas del Príncipe eran superiores á las de Roger, se vió muy desde el principio del combate cuanta ventaja llevaban los soldados prácticos en las maniobras navales á los cortesanos y caballeros, poco ejercitados en ellas. Algunas de las galeras enemigas, que pudieron desasirse, tomaron la vuelta de Nápoles con el genoves Enrique de Mar, que logró al fin escaparse. Volaron á su alcance las catalanas, y tomaron diez de ellas con todos los guerreros que contenian. Roger, desde su navío, animaba á los suyos al seguimiento, y cuando los sentia flaquear los amenazaba furioso, si dejaban escapar la presa. Entretanto se peleaba terriblemente al rededor de la Galera de Capua, donde iba el Príncipe de Salerno. Allí estaba la mejor gente, allí los mas bravos caballeros: unidos, apiñados entre sí, formaban un muro delante de su caudillo; y peleando desesperados, contrastaban la industria y esfuerzo de los nuestros, y ponian en balanzas la victoria. Roger, cansado de esta resistencia, mandó barrenar la galera, y desfondarla

para echarla á pique: entonces el Príncipe, temeroso ya de su muerte, le hizo llamar, y le entregó su espada, pidiéndole la vida y la de los que iban con él. Roger le dió la mano, y le pasó á su galera, quedando hechos al mismo tiempo prisioneros el general de la escuadra enemiga Jacobo Brusson, Guillermo Stendardo, y otros ilustres caballeros italianos y provenzales.

Ganada la batalla, los nuestros, fieros con el suceso, dieron la vuelta á Nápoles, y presentándose delante de la ciudad con toda la arrogancia de su triunfo, empezaron á excitarla á la sedicion y á la novedad. Tumultuáronse los moradores, unos por miedo, otros con deseo de sacudir el yugo francés, y en altas voces gritaban: *Viva Roger, muera Carlos*. Costó mucho afán á los ciudadanos, amigos del orden, contener esta agitacion, y Roger, perdida la esperanza de que el movimiento siguiese, hizo vela para Mecina. Pero antes en la isla de Capri mandó cortar la cabeza á dos caballeros de los que se habian rendido, por desertores del partido aragonés: ejemplo de rigor, que deslucel el lustre de su victoria, por mas que se autorizase en la necesidad del escarmiento. Mas noble accion fué la de pedir al Príncipe que pusiese en libertad á la Infanta Beatriz, hermana de la Reina Constanza, custodiada en prision desde la muerte de Manfredo su padre. Con ella y con sus prisioneros entró triunfante en Mecina, y se presentó á la Reina; que para disminuir al Príncipe la humillacion

vergonzosa de su situacion, tuvo la atencion delicada de alejar á los Infantes sus hijos al tiempo de recibirle. Despues mandó que se le custodiase en el castillo de Matagrifon, y en la misma fortaleza hizo guardar á todos los caballeros de su comitiva.

Vióse entonces un acontecimiento, que manifiesta la necesidad de respetar la justicia en la victoria, y el peligro de ultrajar insolentemente á los pueblos. El de Sicilia, á pesar de los triunfos y victorias que conseguia, guardaba vivo en su memoria el mal que habia recibido de los franceses. Creyeron los sicilianos que aquellos bárbaros, que tan indignamente abusaron de sus antiguas victorias, no merecian estar al abrigo del derecho de gentes; y amotinándose furiosos, rompieron los encierros donde se guardaban los prisioneros, y antes que los magistrados pudiesen atajar el alboroto, ya eran muertos mas de sesenta de aquellos infelices. No contentos con esta demostracion tumultuaria, se juntaron en Mecina los síndicos de las ciudades, y en cortes generales de la isla decretaron que el Príncipe cautivo debía pagar con su cabeza la muerte que su padre habia ejecutado en Conradino. Cuando Carlos de Anjou hizo morir á este Príncipe, estaba bien lejos de pensar que llegaría un dia en que su hijo y heredero se vería tratado con la misma severidad; y que en tal aprietado solo debería la vida á la generosa hija de aquel Manfredo, á quien despues de vencido y muerto

había tratado también con una barbarie sin ejemplo. Con efecto, la Reina Constanza hizo entender á los feroces sicilianos, que un negocio tan grave no podía tratarse sin conocimiento del Rey Don Pedro; y al mismo tiempo mandó trasladar al prisionero á otra fortaleza mas segura, donde estuviese guarecido de todo insulto popular. Así le salvó, ganándose con esta accion magnánima la veneracion de su siglo y de la posteridad, al paso que con ella hacía mas detestable la conducta sanguinaria del Rey Carlos; condenado á la infamia en todos los tiempos y por todos los escritores.

Tres dias despues de la derrota de su hijo llegó á Gaeta con grande refuerzo de galeras y gente de guerra, al tiempo que Nápoles estaba alterada de resultas de aquel suceso. Indignóse tanto, que tuvo propósito de entregar la ciudad á las llamas, y duró mucho tiempo en él, hasta que á ruegos del legado del Papa se templó algun tanto y se contentó con hacer perecer en los suplicios ciento y cincuenta ciudadanos de los mas culpados. Despues, sin entrar allí, se dirigió con todas sus fuerzas á la Calabria para cobrar todo lo que los aragoneses habían ganado en la costa, y hacer la guerra á Sicilia.

La escuadra de Roger, reforzada con las galeras que el Rey Don Pedro le había enviado para que pudiese hacer frente á las de Carlos, se hizo á la vela, y costeó la Calabria. Avistó á los enemigos en el cabo de Pallerin, y no osando los fran-

ceses venir á batalla, el almirante español saltó en tierra de noche, y atacó y saqueó á Nicotera, plaza fuerte y bien guarnecida, con tal celeridad, que sin ser sentido de la escuadra enemiga, ya al alba se hallaba en el cabo unido al grueso de su armada. De este modo, y con igual felicidad, saqueó á Castelvetro, tomó á Castrovilari y otros pueblos de la Basilicata, en tanto número, que ya fué preciso enviar de Sicilia un Gobernador, que por parte del Rey de Aragon defendiese y mandase toda aquella parte de Calabria. Despues de estas facciones Roger, dejando aquella costa, y acercándose á la de África, llegó á la isla de los Gerbes, y saltando en tierra con su gente, los moros, que entonces la poseían, no pudieron resistirle, y se la rindieron. Allí mandó alzar una fortaleza, y dejó un capitan que la guardase. Para colmar su fortuna, una galera catalana hizo cautivo á un régulo berberisco, y con él y los despojos de los Gerbes dió la vuelta á Mecina, con igual gloria que otras veces.

A principios del año de 1285 murió en Foggia el Rey Carlos, rendido al dolor que le causaban tantas desgracias. Hombre esforzado, guerrero ilustre, si no hubiera manchado sus hazañas y su fama con la inhumanidad y la fiereza que manifestó en toda su vida. Se hacian estos vicios tan mas extraños en él, cuanto mas se comparaban á la moderacion y dulzura de su hermano el Rey de Francia San Luis. Ganó grandes batallas, se apoderó de grandes estados; y de simple Conde de

Provenza, se vió Rey de Nápoles y de Sicilia, árbitro de la Italia, y objeto de espanto á Grecia, adonde ya amagaba su ambicion. La fortuna, que le habia acariciado tanto al principio de su carrera, le guardó al fin de ella los amargos desabrimientos que van referidos, frutos todos de la fiereza implacable de su carácter, y de la insolencia de su gente. Porque si él hubiera regido los pueblos subyugados con alguna especie de moderación y justicia, su dominio, apoyado en la benevolencia de sus súbditos, sostenido por los Papas, y defendido con todo el poder de la Francia, no era posible que se resintiese de los débiles embates de un Rey de Aragon. Leccion insigne dada á los ambiciosos, para que se acuerden que los hombres no disimulan ni sufren la usurpacion y la conquista sino á quien los hace mas felices. Él murió en fin, y el ódio que se le tenia publicó que se habia ahogado á sí mismo por no poder con su rabia. Pedro, su rival, al saberlo, elogió mucho sus prendas militares, y dijo que habia muerto el mejor caballero del mundo. Por su falta un hijo del Príncipe prisionero tomó la gobernacion del estado, auxiliándole el Conde de Artois, primo de su padre, y Gerardo de Parma legado de la Santa Sede.

La guerra entre tanto seguia. El Rey de Francia, Felipe el Atrevido, habia invadido el Rosellon, apoyando con las armas la investidura que el Papa habia dado á uno de sus hijos de los estados del Rey enemigo. Sus preparativos de guerra

fueron formidables: ciento y cincuenta galeras amenazaban las costas españolas, mientras que las fronteras eran embestidas de cerca de doscientos mil combatientes, entre ellos diez y ocho mil caballos y diez y siete mil ballesteros. El Rey Don Pedro, descomulgado por el Papa, vendido por su hermano el Rey de Mallorca, abandonado del de Castilla, y acometido de todas las fuerzas de la Francia, lejos de intimidarse en tanto apuro, hizo frente á su enemigo por todas partes. Los franceses ocuparon el Rosellon, atravesaron el Ampurdan, y pusieron sitio á Gerona. Defendiéronse los de dentro animosamente, hasta que, de resultas de un choque que hubo entre las tropas del Rey Don Pedro y una parte de las francesas, se rindieron á partido, y capitularon. Mas la fortuna, favorable hasta entonces, les volvió la espalda: declaróse la peste en el campo francés, y sus capitanes trataron de volverse por tierra á su pais. Despidieron además por economía una gran parte de las naves que tenian en Rosas, con lo cual, enflaquecida su escuadra, no pudo resistir á la de Roger de Lauria que, llamado por su Rey, venia á toda prisa á socorrerle desde Italia.

Acababa de conquistar la ciudad de Taranto y de reducir casi todo lo que faltaba en la Calabria, cuando Don Pedro le envió orden de que se viniese con su armada á Cataluña. Hizolo así, y llegó á Barcelona sin que los enemigos le sintiesen. Allí le fué á encontrar el Rey, y le mandó que saliese

en busca de las galeras francesas diciéndole: *Ya sabes, Roger, por experiencia cuán facil es á los catalanes y sicitanos triunfar de los franceses y provenzales por mar.* Él con tan buen auspicio salió á buscarlos, á tiempo que sus almirantes, dejando quince galeras en Rosas, se venian con otras cuarenta ácia Barcelona, adonde el Rey de Francia pensaba llegar por tierra. Hallábanse en San Pol, cuando avistaron una division de diez galeras catalanas, y destacaron tras ellas veinte y cinco de las suyas: escapóseles la division, y antes de que pudiesen las veinte y cinco reunirse á sus compañeras, dieron con la escuadra de Roger, á quien no creían todavía en Cataluña. Era de noche, pero esto no le detuvo en enviarlas á desafiar: cayó en los franceses gran desmayo al saber el adversario que tenian en frente, y se apercibieron flojamente á la pelea; pero confiados en la oscuridad, intentaron desordenar la escuadra española, tomando la misma voz y las mismas señales. Decian los nuestros Aragon, y ellos repetian Aragon: los buques de Roger llevaban un farol encendido, y también le encendieron en los suyos: mezclados así, y confundidos los unos con los otros, la batalla se trabó, mas no duró mucho tiempo. Roger acometió á una galera provenzal, y del primer encuentro le derribó todos los remos de un costado, yendo al mar los remeros y gente que allí habia con grandes alaridos. Igual esfuerzo hacían los demás buques españoles por su parte; y la ballesta

ría catalana, entonces la mas formidable del mundo, causaba tal estrago en los franceses, que perdido el ánimo y la confianza, doce de sus velas escaparon con Enrique de Mar, y las demas se rindieron con Juan Escoto, su almirante. Roger trasladó su gente á las galeras apresadas por estar en mejor estado que las suyas; estas las envió á Barcelona, y se dispuso á seguir el alcance de las fugitivas.

Pasaron de cinco mil los enemigos muertos en el combate, y á otro dia quiso el vencedor tomar en los prisioneros la represalia de los estragos y crueldades que los de su nacion habian cometido á su entrada por el Rosellon. Solo el Almirante y otros cincuenta caballeros fueron exceptuados de esta resolucion inhumana: y con fiereza indigna de su gloria, mandó arrojar al mar á trescientos, ensartados en una maroma; y á doscientos sesenta, que no estaban heridos, les hizo sacar los ojos, y los envió al campo francés. Corrió despues tras de los que huían, entró en el puerto de Cadaqués, que estaba por el enemigo, rindió el castillo, y apresó tres buques, y en ellos el tesoro que venia para la paga del ejército. No estaba todavía en este tiempo ganada Gerona, que habia conseguido una tregua de treinta dias, para rendirse al fin de ellos, si no era socorrida. Los franceses, viendo la actividad y fortuna de Roger, querian que se tuviese por comprendido en aquella tregua, y le enviaron al Conde de Fox para que cesase en sus

I.
F